

canso, de manera que, "no había día que no traían los bergantines que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas." (1)

Los nautas tenochca ponían en práctica cuanto les sugería la astucia á fin de burlar á sus contrarios. Una vez pusieron en celada, encubiertas entre unos carrizales, treinta grandes canoas é hincaron grandes estacas en el fondo del lago; dos pequeños acalli cargados, haciendo como que se recataban, se dejaron descubrir y dar caza por dos fustas del crucero, huyendo en direccion del carrizal; al entrar los bergantines entre las estacas zaboraron y no pudieron moverse; salieron de la celada los guerreros, saltaron el abordaje, hirieron ó mataron á los tripulantes, pereciendo el capitán Portillo y quedando tan gravemente lastimado Pedro Barba, que á los tres días murió. Las dos naves pertenecían al real de Cortés, y éste recibió por ello gran pesar. La pequeña ventaja la pagaron caro. Dias despues, informado el general de que los méxica habían puesto otra celada como la anterior, hizo ocultar seis bergantines entre los carrizales; como en la vez anterior, las dos canoas que servían de señuelo se fueron huyendo de la nave que les daba caza, retirándose hacia el lugar de la celada: acercóse la fusta y dando muestras de temor dió la vuelta; creyendo el lance seguro se descubrieron las canoas emboscadas lanzándose sobre el bergantin, el cual parecía ir huyendo; de improviso aparecieron las seis naos ocultas, y cargando todas sobre los tenochca trastornaron ó rompieron los acalli, prendiendo muchos guerreros. (2)

Los diarios asaltos á la ciudad, la destruccion operada en los edificios, obligó á los tenochca á abandonar la parte Sur, retirándose á la línea de las calles que conducían á Tlatelolco: en este barrio se refugiaron multitud de mujeres y de niños, quienes penetraron con llanto y quejas pidiendo hospitalidad. De buena gana se la concedieron los tlamilulca, los consolaron, acariciaron y aposentaron, prometiéndoles serían en su defensa y amparo. (3)

(1) Bernal Díaz, cap. CLI.

(2) Bernal Díaz, cap. CLI.

(3) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIII.

CAPITULO VII.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Ataques de Pedro de Alvarado.—Se establece en la ciudad.—Escaramuzas.—Tlatelolco.—Refriegas en Tlatelolco.—Tlapanecatl.—Derrota de Alvarado.—Asalto general.—Derrota de los castellanos.—Peligro de Cortés.—Retirada al real.—Combates en el campo de Alvarado.—Regocijo de los méxica.—Recobran gran parte de lo perdido en la ciudad.—Desercion de algunos aliados.—Expedicion de Andrés de Tapia contra Malinalco.—Combates.—Accion valiente de Chichimecateculi.—Vuelven al campo los aliados huidos.—Negociaciones de paz.—Deséchalas Cuauhtemoc.—Combate en respuesta.—Expedicion contra los matlatzinca.—Anécdota.—Sumision de las provincias.—Refuerzo.

III calli 1521. En la última entrada había en el real de Xoloc más de cien mil aliados: dispuso el general que cuatro bergantines con hasta mil quinientas canoas fueran por un lado de la calzada, mientras por el otro lado irían las otras tres fustas con otros mil quinientos acalli, con orden de correr el contorno de la ciudad á fin de quemar las casas y hacer cuanto daño pudiesen, cosa que

las canoas podían ejecutar hasta el corazón de la puebla, penetrando por las calles de agua. Cortés con el ejército de tierra entró por la calle de Itztapalapan como siempre; las puentes no estaban reparadas ni los fosos abiertos, y ninguna resistencia hallaron hasta llegar á la plaza. El general se dirigió por la calle de Tlacopan con intento de ver si podía comunicarse con el real de Alvarado; mas aunque ganó tres puentes y las hizo cegar, no pudo pasar más adelante. Cuando emprendió el movimiento hizo entrar por dos calles á Alonso Dávila con setenta castellanos, doce mil aliados y seis caballos para guardar la retaguardia, y á Andrés de Tapia con igual fuerza. Llegada la tarde se volvieron al fuerte. “Y este día fué de mucha victoria, así por el agua como por la tierra, y óbose algún despojo de los de la ciudad; en los reales del alguacil mayor y Pedro de Alvarado se obo también mucha victoria.” (1)

Al día siguiente (2) volvió á penetrar en la ciudad por el mismo orden; la resistencia fué poca, retrayéndose constantemente los tenochca, de manera que D. Hernando calculaba ser dueño de las tres cuartas partes de la ciudad. “Y sin duda el día pasado y aqueste yo tenía por cierto que viniesen de paz, de la cual yo siempre con victoria y sin ella hacía todas las muestras que podía. Y nunca por eso en ellos hallamos alguna señal de paz: y aquel día nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma ver tan determinados de morir á los de la ciudad.” (3)

Para darnos cuenta cumplida de los sucesos, retrocedamos algunos días. Por la calzada del N. ó de Tepeyacac, nada parece que hubiera adelantado Gonzalo de Sandoval, y si consta que por aquel rumbo hizo diarias entradas, las relaciones no indican hubiera ganado un sólo palmo de terreno en Tlatelolco. Más afortunado ó resuelto Pedro de Alvarado, que combatía por la calzada de Tlacopan, mirando que cuantas trincheras y fosos ganaba y destruía por el día, al retirarse al real durante la noche quedaban luego reparadas por los tenochca, empleando el mismo trabajo y peligro en reconquistarlas la jornada siguiente, determinó fijar sus puestos avan-

(1) Cartas de Relac. pág. 261.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XIX.

(2) Sábado veintidos de Junio: poco más adelante fundamos este cálculo.

(3) Cartas de Relac. pág. 261.

zados dentro de la ciudad misma. Al efecto, escogió una placeta en donde había unas torres de los ídolos, capaz para abrigar la hueste; según se deja entrever, estos teocalli debían existir hacia el rumbo en donde hoy se encuentra la Concepción, pues de las relaciones de Cortés consta, que la calle de Tlacopan resistía todavía y sólo había sido allanada en parte por el mismo general. Las mujeres que hacían el pan permanecían en Tlacopan custodiadas por los de á caballo y parte de los aliados; la placeta, que de día servía de base de operaciones, por la noche quedaba custodiada por cuarenta castellanos, los cuales velaban del anochecer á la media noche; de esta hora á las dos antes de amanecer los relevaban otros cuarenta hombres, sin que los primeros abandonaran el puesto, entrando igual número de guardia hasta ser de día, de manera que á este tiempo estaban listos para pelear los ciento veinte hombres. A este fatigoso servicio nocturno seguía el continuado combatir durante la luz, sin que sitiados ni sitiadores se dieran tregua en el constante batallar. (1)

Muy récia debía estar la calle de Tlacopan hasta la plaza, supuesto que Alvarado en lugar de tomar aquella dirección, dirigió de preferencia sus ataques hacia Tlatelolco, lo cual le era fácil ya que con sus bergantines era dueño del lago y no tenía defensa alguna la costa de la isla. Según las órdenes comunicadas por el general, no adelantaba un paso sin quemar y destruir las casas, deshacer las fortificaciones y cegar los fosos; ayudaban eficazmente las fustas y canoas penetrando por las calles de agua, llevando muy adentro en la ciudad la desolación y el incendio. Así adelantaron hasta ser detenidos por un muy ancho y profundo foso con hoyos en el fondo, reparos y albarradas fuertes al uno y otro lado; colocadas en lugares convenientes gruesas estacadas para evitar el paso de los bergantines, y aparejadas y escondidas muchas canoas con buenos guerreros, dispuestas á caer sobre quienes intentaran el asalto. El cronista conquistador atribuye aquella obra á nueva táctica adoptada por los méxica; á nosotros nos parece que aquel grande y fuerte canal era el divisorio entre las dos antiguas ciudades de México y de Tlatelolco.

En uno de aquellos días, cinco bergantines atracaron en Nonoal-

(1) Bernal Díaz, cap. CLI.

co (1) echando en tierra á los castellanos; esperaban que los indios salieran á su encuentro, mas éstos se mantuvieron quedos. De improviso se presentó un gigantesco y fuerte guerrero, nombrado Tzilacatzin, vestido como otomitl con su *ichcahuipilli* y con tres piedras rollizas, una en la mano derecha y las otras dos en la manija de la rodela: paróse á corta distancia de los blancos, derribó sucesivamente á tres de cada pedrada, y como en su auxilio llegara el tropel de los suyos, los atónitos asaltantes volvieron caras y acometidos briosamente tuvieron que reembarcarse, escapando con algun daño y bien mojados. Aunque á Tzilacatzin disparaban ballestas y arcabuces no lograron tocarle, sucediendo lo mismo en las siguientes escaramuzas, pues aunque empeñosamente lo buscaban salía siempre con diverso disfraz para no ser reconocido, causando daños á españoles y á aliados. En próximo desembarco la pelea duró el día entero, muriendo de ambas partes cantidad de indios; durante la refriega perecieron los dos valientes guerreros tlalilolca, Tzoyotzin y Temutzin, quienes sin sombra de temor se arrojaban contra los teules hiriendo y derrocando. (2)

En una de aquellas refriegas los guerreros lograron apoderarse de diez y ocho castellanos, los cuales despojados de sus armas y vestidos y maniatados fueron conducidos á la presencia de Cuauhtemoc y de otros principales, á la sazón en el barrio de Tlacuichealco: (3) todos los prisioneros fueron sacrificados en un templo cercano, repartiendo los cuerpos entre los cautivadores, para que las carnes fueran comidas en los abominables banquetes prescritos por la costumbre. Los españoles presenciaban aquellos horrores desde lejos, sin poder dar socorro á sus míseros compañeros. Una fusta del campo de Sandoval se metió en el barrio de Xocotitla ó Cihuatecpa; (4) recibida con denuedo por los tlalilolca, los castellanos tuvieron que reembarcarse, dirigiéndose á Coyonacazco ó Amaxac: (5) aquí

(1) Persiste aún el nombre en la garita al extremo N. O. de la ciudad.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(3) Había una casa de audiencia ó tecpan en donde hoy la iglesia de Santa Ana.

(4) Llamado despues San Francisco, en Tlatelolco.

(5) Segun nos informa Torquemada, lib. IV, cap. XCIII, "es á la salida de la calzada de Guadalupe, donde hay una puente, en el principio de la albarrada que corre la vuelta de San Lázaro y donde se ponen los cuartos de los ahorcados, cerca de la hermita de Santa Lucía, que por otro nombre se llama Amaxac."—No existe la hermita de Santa Lucía; mas consta en los planos antiguos de la ciudad.

tuvo lugar otra escaramuza, en que murieron muchos indios, estando á punto de perecer Rodrigo de Castelleda, valiente soldado á quien los méxica apellidaban Xicotencatl. Retiráronse los asaltantes sin haber logrado grandes ventajas. (1) Un buen descalabro sufrieron los del real de Sandoval. En una de las embestidas, un distinguido guerrero tlalilolcatl nombrado Tlapanecatli, se arrojó sobre el alférez de los castellanos logrando arrancarle la bandera; envalentonados los guerreros viejos apellidaron á los que estaban escondidos, embistiendo con los blancos ya medio desordenados por tan inaudita accion, los pusieron en huida, cautivando cincuenta y tres españoles con gran número de tlaxcalteca, aculhua, xochimilca y chalca. Todos aquellos prisioneros fueron llevados al Tlacochealco en donde estaba Cuauhtemoc, para ser en seguida sacrificados en el templo mayor, repartiendo á otros, por ser muchos, en los teocalli menores: en aquella vez sacrificaron tambien cuatro caballos. Al retirarse los tenochca á Tlatelolco se llevaron la imájen de su dios Huitzilopochtli la cual colocaron en el barrio de Amazac, en la casa llamada Telpuchcalli. (2)

Uno de aquellos días, que era domingo, (3) los tenochca atacaron fieramente el real de Pedro de Alvarado; distribuidos en tres divisiones, una de ellas ocupó la calzada para acometer el campo por retaguardia. Mantuviéronse firmes los castellanos de los teocalli, mientras la caballería y los tlaxcalteca dieron sobre los de la espalda ahuyentándolos y despejando la calle; entónces la hueste entera se puso en movimiento, haciendo retraer á los contrarios que se retiraban peleando. Los méxica combatían haciendo una falsa retirada, lo que no comprendido por los blancos los hizo proseguir descuidados en la persecucion; tomaron con facilidad una primera puente; tras corta resistencia les abandonaron el ancho y fuerte foso que ántes no habían podido franquear, metiéndose victoriosos por entre una calle en que edificios y templos estaban todavía en pié y

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVI.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(3) Así lo expresa Bernal Díaz, cap. CLI. Comparando este dicho con el de Cortés en sus relaciones, guiados por la cuenta de los días que hemos ido ajustando, con seguridad podemos establecer que éste domingo corresponde al veinte y tres de Junio; no hay otro á que pueda referirse sin dislocar los acontecimientos.